

Sobre la portada

La imagen que nos ocupa fue captada por la lente de una cámara instantánea en el año de 1969, en la cual podemos apreciar parte de la que en aquel entonces aún era la casa de los descendientes de don Valentín Gómez Farías, y que casi 12 años después sería la sede del Instituto Mora.

En el lado lateral izquierdo se observa un árbol enorme en la esquina de la plaza, en donde tres automóviles permanecen estacionados, el de modelo más reciente instalado frente a la casa centenaria, el segundo es un modelo antiguo quizá de finales de los años treinta, y el tercero podría pensarse que se trata de un “vochito” por la salpicadera y la llanta que apenas alcanzan a asomarse. Frente al balcón, que podría ser el de la sala de la casa, aparece una mujer cargando a un bebé, tal vez posando para la foto o refugiándose del sol del mediodía. Todo parece indicar que la foto fue producto de uno de los cotidianos paseos dominicales de Hilda Castillo y su familia, residentes del barrio de San Juan Mixcoac y quienes proporcionaron la imagen. Aunque no se distingue con claridad quién es la persona fotografiada, podemos asumir que es la misma Hilda. A espaldas de quien haya tomado la foto se encuentra la iglesia de San Juan Bautista y no sería raro que acabasen de salir de misa o fuesen a ella.

Durante esa época era común todavía salir de casa los domingos rumbo a la iglesia, las más de las veces aquella más cercana al domicilio, aunque en ocasiones, por los rituales familiares (bodas, bautizos, primera comunión, entre otros), las familias se aventuraban a sitios más lejanos para recibir los servicios religiosos. Una vez concluida la misa, siempre demasiado larga para los pequeños, se podía comenzar con el paseo habitual.

Este paseo consistía casi siempre en dar vueltas por la plaza, no sin antes provisionarse de nieves de fruta, gorditas, dulces de maíz, elotes, palomitas o golosinas, y una que otra vez de juguetes, en esos días aún con una marcada huella artesanal. Los niños podían convertirse en sus personajes favoritos, los de los cuentos o historietas, que hoy han pasado a llamarse “comics”, o de las series de televisión en turno. Un arco y flechas con las punta de goma podía transformarlos en el Príncipe Valiente o en “Toro”, el fiel compañero del “Llanero Solitario”; una pelota les daba la personalidad de un astro de fútbol soccer, de americano o de beisbol; las canicas podían escenificar batallas campales al igual que la matatena o los palitos chinos o torneos que podían durar horas; la



ejecución del trompo de madera y el yo-yo podía llevar hasta el compromiso a presentarse en alguna exhibición pública para demostrar la pericia de su manejo. La tradicional lotería con figuras tradicionales representaba, por sus formas y colores, un exponente de la cultura popular de nuestro país, aun cuando en ese tiempo algunas imágenes ya resultaban extrañas o desconocidas. Los niños se preguntaban para qué servían o por qué las nombraban de esa manera (jaranas, cántaro, cazo, etc.). Algunos solicitaban siempre las planillas que tenían las figuras intangibles donde se mostraban a los astros con rasgos humanos, o los seres que han sido producto de la imaginación de los poetas, como la sirena o la muerte, o inclusive aquellos que con mayor nitidez representaban los valores tradicionales de nuestra cultura. Mientras que para las niñas los juguetes eran

advertencia del papel que la sociedad les destinaba: trastecitos de barro o plástico, alacenas hechas con palitos de paleta, enseres domésticos, muñequitos de plástico o de cartón para recortar. No faltaban espejitos, peines, moños, diademas, broches para el pelo, collares y pulseras, a los que ahora se referirían como todo tipo de accesorios para verse bellas. Aunque no faltaba la niña intrépida que prefería solicitarles a los hermanos o primos les prestaran sus juguetes para poder jugar con ellos aunque sólo fuera por un ratito.

Para esa generación las plazas y jardines de la ciudad de México fungieron como sitios donde se propiciaban los primeros encuentros y experiencias fuera del hogar, muchos de ellos quizá poco trascendentes en la vida, pero imborrables en su dimensión personal. Encuentros que en las conversaciones de familia suscitan el “te acuerdas cuando nos llevaban a...”

Para muchos, estos espacios públicos, denominados así en la jerga sociológica, significaron las primeras ventanas donde se manifestaba el mundo de las relaciones sociales y personales, los ámbitos privados y públicos de las personas. Eran los lugares donde se podía observar desde distintas formas de interactuar hasta los comportamientos sociales propios de la heterogeneidad de nuestra composición social, económica y política.

Con todo, aunque uno se podía reconocer y diferenciar del otro, se propiciaba la relación socioespacial que hace percibirnos como miembros de una comunidad mayor, con la que se comparte algo en común, en este caso la plaza y, aunque parezca paradójico, una cierta casa privada, la casa de don Valentín Gómez Farías, icono del barrio por haber pertenecido a un personaje público, un político decimonónico, del cual en el barrio persiste la leyenda de que su alma no recibió el descanso eterno por ser en vida uno de los defensores a ultranza del Estado laico, lo que le acarreó la animadversión de la Iglesia católica, la cual inclusive no permitió que el cuerpo del prócer fuera enterrado en el cementerio de la iglesia. La casa se reconoce como una construcción que sobresale en el entorno, que para algunos resultaba interesante, bella o desafiante por el mito popular.

Muchos años pasaron, hasta 1981, para que esta construcción se convirtiera en la morada del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, donde investigadores, bibliotecarios, técnicos, empleados y trabajadores se dedican a profundizar en diversos aspectos de la historia, entre otros la historia del barrio donde el instituto se encuentra.

La antigua casa desde entonces ha dado albergue a innumerables intelectuales e investigadores nacionales y extranjeros, a jóvenes deseosos de iniciar o continuar una carrera académica en las áreas de las humanidades o de las ciencias sociales o que acuden a consultar los textos de la biblioteca, una de las más completas en materia histórica y de las ciencias sociales del país. Asimismo, se ha considerado siempre la programación de eventos culturales y artísticos dirigidos tanto a los vecinos como a los habitantes en general de esta ciudad.

En la actualidad, este frenesí de construcciones privadas por toda la ciudad, que nos ha asolado durante los últimos años y que cumplen prioritariamente con

los intereses de compañías inmobiliarias, sin considerar la pérdida de obra monumental, patrimonio y espacios públicos, me hace pensar que es momento de rescatar iniciativas que fueron exitosas en el pasado y que en muchos casos no se pudieron materializar; como por ejemplo, recuperar construcciones y espacios para convertirlos en centros educativos, culturales y de investigación; así como también, en plazas y jardines para el disfrute de la ciudadanía. De esa manera se daría un redimensionamiento al espacio público, necesario para contribuir modestamente a la tarea urgente de crear o recomponer el entramado social y ecológico de la nación.

Es un hecho que han cambiado los itinerarios de muchas familias, así como también el sentido del paseo y de la diversión, pero imágenes como la que hoy intentamos interpretar nos permiten un acercamiento a nuestra historia reciente y nos permiten afirmar que esta casa emblemática y la plaza de San Juan Mixcoac sigue siendo merecedora de ser captada por la lente, ahora de cámaras digitales o celulares; aunque a veces desearíamos verla sin basura, con más flores, sin tantos puestos, sin el ruido de los cláxones, radios y televisores prendidos y recuperemos con autenticidad, como algo profundamente nuestro y no sólo por la nostalgia que invade a otras generaciones, esos espacios públicos que eran la prolongación de sus hogares y en los cuales se aventuraban entusiastas, deseosos de ampliar los horizontes de su mundo y esas relaciones imprescindibles para el desarrollo del ethos social en el sujeto.

María Patricia Pensado Leglise
INSTITUTO MORA